



6º Encuentro: El Catequista, portador de un tesoro en vasijas de barro

6º programa jueves 6/4/2017

Los cinco puntos de este tema:

1. Un tesoro infinito que habita en la fragilidad del catequista
2. Queremos ser crisma y caricia para la debilidad del hermano
3. Los dones que recibimos del Señor manifiesta su Reino entre nosotros
4. Detenerse frente a la necesidad del otro. No al mero "cumplimiento"
5. Seamos "mineros" de Dios; buscando el tesoro en nuestro interior.

Posibles consignas:

- ✓ Cercanos ya a la Celebración de la Semana Santa nos preguntamos si tenemos conciencia de la entrega amorosa del Señor por cada uno de nosotros.
- ✓ ¿somos capaces de reconocer la acción de Dios en nuestra historia como catequistas que fecunda todo con su amor?

1. Un tesoro infinito que habita en la fragilidad del catequista

Miramos nuevamente un texto de Pablo para que nos ayude a profundizar este tema:

«Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios. Estamos atribulados por todas partes, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados,

pero no aniquilados. Siempre y a todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.»(2 Cor 4,7-10)

El encuentro de Pablo con Cristo en el camino le provoca una situación vital paradójica porque queda fuera de circulación, fuera de todo lo que vivía hasta ese momento. El "habitado por Cristo" pasa a vivir ahora como "fuera de juego", queda como desplazado: una situación vital que parece absurda pero en realidad es razonable.

En la imagen que usa Pablo de la vasija de barro queda claro que el tesoro es infinito y que su enorme riqueza le pertenece a Dios y no a nosotros. El apóstol lleva en su vida la debilidad para que en ella se manifieste la potencia de la vida de Jesús. La riqueza y potencia de Dios se manifiesta en la debilidad de lo humano y esta es la paradoja de la misión de Pablo.

La vasija de barro, que también nosotros experimentamos como el apóstol, son: los aprietos, los apuros, las persecuciones, la desesperanza.

El tesoro deja de lado todo lo negativo, es la superación de la angustia, de la desesperanza, del abandono.

Lo grandioso de la experiencia, del conocimiento y del anuncio de Pablo radica en esta existencia de Jesús resucitado que se manifiesta en la debilidad de nuestra existencia corporal angustiada, apurada, perseguida y derribada.

La Palabra de Dios habita así como tesoro en la fragilidad y debilidad del barro del catequista. Nuestras palabras siempre son insuficientes e incapaces de expresar la totalidad de la experiencia de la fe pascual. Nuestros gestos son pequeños, torpes y débiles ante la grandiosidad del misterio que queremos hacer visible.

En este sentido podríamos pensar una analogía entre la tarea del catequista y lo que produce un grano de mostaza, en estos términos: *"El catequista y su tarea son como un grano de mostaza que se siembra en la tierra, es más pequeño que cualquier semilla, pero una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo pueden anidar en sus ramas" (Cf. Mc 4,30-32)*

Si dejamos que la Palabra nos habite como tesoro en la pobreza de nuestro barro, la fuerza infinita del mensaje hará posible el anuncio de salvación a todos.

2. Queremos ser crisma y caricia para la debilidad del hermano

Estamos poniendo foco en el encuentro del catequista con la Palabra desde su propia pequeñez humana y desde la grandeza del Mensaje que Dios entrega a los hombres. Este encuentro entre lo grande y lo pequeño, encuentro de lo humano y lo divino revela la gratuidad amorosa de Dios que entrega este tesoro a la pobre vasija de barro que somos.

Leíamos en la Carta a los catequistas del Card Bergoglio en 2003: « Y en esta hermosa vocación artesanal de ser "crisma y caricia del que sufre" no tengas miedo de cuidar la fragilidad del hermano desde tu propia fragilidad: tu dolor, tu cansancio, tus quiebres; Dios las transforma en riqueza, unguento, sacramento. Recordá lo que juntos meditábamos el día de Corpus: hay una fragilidad, la Eucarística, que esconde el secreto del compartir. Hay una fragmentación que permite, en el gesto tierno del darse, alimentar, unificar, dar sentido a la vida.

Que en esta fiesta de San Pío X, puedas en oración presentarle al Señor tus cansancios y fatigas, como la de las personas que el Señor te ha puesto en tu camino. Y dejes que el Señor abrace tu fragilidad, tu barro, para transformarlo en fuerza evangelizadora y en fuente de fortaleza. Así lo experimentó el Apóstol Pablo:

"Estamos atribulados por todas partes, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados. Siempre y a todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.» 2º Corintios 4,8-10

Por esta hermosa vocación de ser «crisma y caricia del que sufre» tenemos que tener humildad para aceptar nuestra propias fragilidades: nuestros dolores, cansancios, quiebres porque Dios transforma todo eso en riqueza, unguento sanador y esperanza para los hermanos.

3. Los dones que recibimos del Señor manifiesta su Reino entre nosotros

Es en la propia fragilidad donde fuimos llamados a ser catequistas. Ese llamado no sería pleno si no hubiera tomado en cuenta nuestra pequeñez, nuestras caídas, nuestros fracasos, nuestra lucha cotidiana, es en todo esto – muchas veces hablamos de la mochila que carga el catequista- donde la Vida de Jesús se manifiesta y se hace anuncio salvador. Desde nuestra fragilidad podemos comprender mejor los dolores del hermano como propio.

En la experiencia de debilidad experimentamos la grandeza del amor de Dios que toma la iniciativa de caminar con nosotros y que se manifiesta en nuestras pobrezas. Justamente esto es el centro de nuestra tarea: dejar que los dones recibidos hagan más presente el Reino entre nosotros.

En la Palabra de Dios está el tesoro a través del cual el Señor se va haciendo cada vez más presente y operante en nuestra fragilidad humana y nos capacita para transformar la realidad.

Muchas veces podemos perder la fuerza: a veces por grandes golpes y a veces nos gana la acedia por la rutina cotidiana, el desgaste y vamos perdiendo el fuego primordial. ¿qué pasa en estos momentos? Si buscamos fuerza y seguridad solo en lo humano nos agotaremos. Nuestra fe no se fundamenta en algo humano, nuestra seguridad está más allá, en algo que nos trasciende: el Señor nos da su fuerza y Él es nuestra seguridad.

Muchas veces la mediación para recibir la fuerza de Dios es un hermano. La dinámica permanente es que tenemos que estar abiertos a dar y recibir.

Hay un cuento clásico de Mamerto Menapace que nos ayuda a reflexionar sobre la debilidad y la fuerza. Nos hace pensar en esta necesidad de entregarnos por entero en los brazos del Padre, de quien nos viene la fuerza que todos tenemos en nuestro interior. Por eso Mamerto nos invita en el cuento *La debilidad y la fuerza* (que ponemos en el apunte) a ser "mineros" de Dios: para que podamos bucear en nuestro corazón y profunda comunión con Dios renovar nuestras fuerzas. Solo así podremos "desbordar" ese don recibido gratuitamente en nuestras comunidades transformando todos.

Podemos pensar una analogía con las brasas: cada una aporta su propio fuego pero es sostenida por el fuego de las demás.

4. Detenerse frente a la necesidad del otro. Decir "no" al mero cumplimiento

Si recordamos las parábolas de la misericordia vemos claramente que el Señor suscita en nuestro corazón, cuando no se lo impedimos, ese movimiento que nos lleva –desde las propias entrañas- a ayudar al hermano necesitado. En la parábola del buen samaritano podemos ver que el punto de partida es la pregunta por la Ley «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la Vida eterna?». Pero Jesús responde superando esta idea del mero "cumplimiento", va más allá porque en la parábola nos muestra que no podemos conformarnos solo con cumplir la Ley y tenemos que salir al encuentro del hermano con un corazón pleno de compasión y misericordia. Así nos dice el Papa Francisco: *«la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor "visceral". Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón»* (Misericordiae Vultus nº 6)

Hay una conferencia que Romano Guardini pronunció en 1956, en la reunión de Madres de Familia Alemanas de la Cruz Roja, se llamó *"El servicio al prójimo en peligro"* para describir una realidad particular de nuestra época, la inquietud por disponer de nuestro tiempo en bien de los demás. En ese antiguo texto este gran teólogo nos decía que si sentimos al hermano necesitado como parte de nuestra propia familia naturalmente saldremos en su ayuda. Eso es lo que hace el Señor con nosotros, sin demora.

En la parábola del buen samaritano vemos un relato lleno de vida y opciones:

- un hermano al borde del camino herido y frágil que clama por ayuda... ¿cuántas veces nos encontramos nosotros con estas situaciones en nuestro camino?

- Muchos siguen de largo anteponiendo sus preocupaciones, sus urgencias a la necesidad del otro. Se dejan ganar por el cansancio y el apuro... ¿no nos pasa esto a nosotros?
- El samaritano deja todo de lado, se detiene y desvía su camino para socorrer al que necesita. En su interior encuentra la fuerza suficiente para hacerlo. El Señor que ha entregado su vida por todos nosotros nos ha dado a todos esa fuerza interior para compadecernos y ayudar.
- En esto consiste la santidad hoy: no tanto en hacer cosas extraordinarias como en hacer extraordinariamente las cosas cotidianas, a la escucha de la necesidad del hermano.

5. Seamos "mineros" de Dios; buscando el tesoro en nuestro interior

Muchas veces nos encontramos con hermanos caídos al costado de nuestro camino por: soledad, angustia, rutina, falta de sentido de la vida. A veces nuestras propias fragilidades y pequeñeces nos lleva a "seguir de largo" y ser indiferentes. Le "hablamos" al hermano del Mensaje de amor de Jesús pero no involucramos nuestra propia vida en ese anuncio y por lo tanto nuestro testimonio no es creíble.

De ahí la necesidad –reiteramos una vez más- de ser "mineros" de Dios para buscar en el fondo de nuestro corazón esa fuerza de Dios para no encerrarnos en lo nuestro y ser "un catequista en salida", que dejemos crecer esa fuerza amorosa en nosotros y dejar que nos transforme.

Ese tesoro no es solo para nosotros sino para entregar, ello siguiendo el modelo de Jesús que se entregó por nosotros en la Cruz por amor a todos.. Lo que recibimos como don gratuito es para compartirlo con todos nuestros hermanos. Por eso es importante dejar lo superficial y bucear en nuestro interior para encontrarnos con la fuerza de Dios. Ese es un movimiento fecundo que enriquece nuestra vida hacia adentro y que se desborda hacia afuera, el tesoro nos abre a la generosidad, a la escucha atenta del otro y a la entrega.

De ese modo la Palabra se hace carne en nuestras comunidades transformándolas y haciéndolas disponibles para la misión. Responderemos así al pedido del Papa Francisco «*Atrevámonos a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio*»(EG 20)

Pensando donde está la fuente de todo esto podemos recordar la imagen de la Trinidad misericordiosa, una hermosa imagen de Dios uno y trino en quien creemos y que en el centro tiene el hombre herido: a la derecha aparece la figura del Padre que nos abraza y nos sostiene, a la izquierda la imagen del Hijo que se hace servidor de los hombre y arriba el Espíritu derramando su amor sobre nosotros.

Idea que queremos destacar al final:

Podemos tomar algo de Henri Nouwen en su libro "El sanador herido": estamos llamados a continuar nuestro camino, nos sentimos impulsados para no quedar paralizados donde estamos sino tener un deseo creciente de ir hacia delante con la convicción que la liberación del hombre y de nuestra sociedad está por venir.

TEXTOS PARA REFLEXIONAR:

Llevamos ese tesoro en recipientes de barro (2 Cor 4, 7)

Un tesoro

Los cristianos de Corinto hacían comparaciones entre el apóstol Pablo y otros predicadores contemporáneos que hablaban con más elocuencia y erudición. A ellos les gustaban los bellos discursos, las especulaciones filosóficas, mientras que Pablo se presentaba con simplicidad, sin grandes palabras sugeridas por la sabiduría humana, débil y probado físicamente.

Sin embargo, en el camino de Damasco, Jesús se le había revelado plenamente y desde entonces no había dejado de hacer resplandecer en su corazón la luz de su Hijo y lo había invitado a comunicar esa luz a todos. Pablo era el primero que se daba cuenta de la desproporción entre la inestimable misión que se le había confiado y lo inapropiado de su persona: un tesoro en un pobre recipiente de barro.

Muchas veces también nosotros advertimos nuestra pobreza, nuestros límites, la insuficiencia ante tareas que se nos confían o ante situaciones que nos desbordan. Por otra parte percibimos inclinaciones y atractivos que nos orientan más fácilmente al mal que al bien, que nos cuesta resistir por la debilidad de nuestra voluntad. También nosotros, como Pablo, nos sentimos recipientes de barro.

No es difícil reconocer las mismas debilidades y fragilidades en personas que tenemos al lado, en familia, como también en la comunidad o en el grupo del cual formamos parte. Además, ¿cómo no pensar también en estas palabras de Pablo cuando, a pesar del tesoro que Dios nos ha dado a los cristianos, durante siglos no hemos logrado vivir en unidad?

Llevamos ese tesoro en recipientes de barro

¿Cómo vivir esta Palabra de vida? Está dirigida a nosotros, un nosotros que no excluye a nadie. "Los cristianos tienen que hacer conocer, juntos, este tesoro que resplandece glorioso en el rostro del Resucitado". Pero, para ser plenamente conscientes del tesoro que tenemos, es necesario entrar en comunión con él. Sí, podemos aprender a convivir con la Santísima Trinidad, hasta perdernos en ella. Podemos tener una relación personal con cada una de las tres divinas Personas, con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, de manera que sea Dios mismo el que vive y actúa en nosotros.

Tenemos al Padre. En nuestro recipiente de barro está presente un Padre. Podemos echar todas nuestras preocupaciones en él, como nos sugiere el apóstol Pedro (Cf 2 Corintios 4. 7). Eso es, en efecto, lo que se hace con un padre: uno se confía a él, en todo y por todo, con plena confianza. Porque eso es un padre: sostén, seguridad del hijo que, como un niño, se echa despreocupadamente en sus brazos.

Está también el Hijo dentro de nosotros: el Verbo que, encarnado, es Jesús. Dentro de nosotros está Jesús. Hemos aprendido a amarlo profundamente en sus distintas presencias.

En la Eucaristía, en la Palabra, cuando estamos unidos en su nombre, en el pobre, en la autoridad que lo representa..., en lo profundo de nuestro corazón. Hasta podemos aprender a amarlo en los límites, en las debilidades, en los fracasos, porque él ha asumido nuestra debilidad y nuestra fragilidad aunque no era pecador. Por eso Jesús, Verbo encarnado, al haber compartido todo lo nuestro, puede sostenernos en cualquier prueba de la vida, sugiriéndonos cómo superarla, para volver a darnos luz, paz, fuerza.

También el Espíritu Santo. Ese Espíritu en el cual, como a otros nosotros mismos, nos confiamos seguros; ese Espíritu que siempre responde cuando lo invocamos y nos sugiere palabras de sabiduría; que nos conforta, que nos sostiene y nos ama como verdadero amigo, dándonos la luz.

¿Qué más queremos? Un solo Amor ha establecido su morada en nuestro corazón: es nuestro tesoro. El recipiente de barro, tanto el nuestro como el de los demás, ya no será un obstáculo, ya no nos desalentará. Sólo nos recordará que la luz y la vida que Dios quiere derramar en nosotros y a nuestro alrededor, no se debe tanto a nuestras capacidades humanas, cuanto a su presencia activa en nosotros, reconocida y amada.

Entonces, como Pablo, también nosotros podremos atrevernos a todo por el Reino de Dios y tender con más fuerza a la meta de la comunión plena y visible, porque como él podemos repetir: "Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios" (2 Cor 4, 7).

Chiara Lubich

La debilidad y la fuerza

por Mamerto Menapace, publicado en Madera Verde, Editorial Patria Grande.

«Una cosa es ser débiles, y otra no tener fuerzas. La vida nos va poniendo frente a situaciones que no esperábamos. El cansancio nos va entrando hasta muy hondo, a veces. Puede ser por culpa de las cosas inesperadas que continuamente nos sorprenden; o puede ser por lo cotidiano y constante que sabemos nos va a venir. Y entonces nos sentimos débiles. Y precisamente entonces los demás empiezan a acudir a nosotros. Y no es porque los demás no se den cuenta de que también nosotros somos débiles. Al contrario. Pareciera justamente que porque nos sienten débiles, por eso vienen a nosotros. Y son los débiles los que vienen. Aquellos a los que les duele lo mismo que nos duele a nosotros. Vienen para pedirnos fuerzas, ánimo para seguir, sentido para entender su fracaso o su sufrimiento. Algo, en fin,

que a ellos les parece que en nosotros nos ayuda a superar tan fácilmente, lo que a ellos los atora y desanima.

Nos damos cuenta de que la respuesta que buscan es la misma que estamos buscando. Lo que a ellos les duele, también nos duele; y en nosotros mismos.

Y allí nos sentimos profundamente necesitados de fuerza. Diría que hasta biológicamente nos sentimos débiles. Y a nuestra vez se nos presenta la necesidad de acudir a quien nos puede dar la fuerza necesaria, para nosotros y para los demás.

Si sólo creemos en los hombres, acudiremos a otro hombre y prolongaremos hasta el infinito ese pasaje de verdades prestadas, del que pide al que tiene que pedir. Podemos así construir una comunidad humana, de hombres débiles pero solidarios que nos prestamos mutuamente una fuerza de las que todos individualmente carecemos.

Y de repente, todo se puede derrumbar. Tendremos la triste experiencia de habernos estado transmitiendo un cheque sin fondo. Las fuerzas que nos íbamos transmitiendo carecían de respaldo. La cadena de eslabones unidos no estaba agarrada a nada. Todo el proceso que nosotros creíamos constructor de la comunidad era un tremendo embuste, porque estaba basado en una verdad sin fundamento. En una ideología, tal vez. No estábamos prestando un gesto muy coherente, pero vacío de contenido.

No podemos hacer - ni dejar que los otros hagan - un acto de fe ciega e infantil en un último e hipotético eslabón humano que creemos agarrado a lo firme. Porque ese eslabón también participa de nuestra misma debilidad y puede ser que no resista el peso en cadena de los demás.

Te invito a que juntos pensemos dos cosas:

Primero, que no tiene sentido luchar por la construcción de una comunidad si no tenemos fe en la fuerza de Dios, y en la seguridad de que Él tiene ganas de darnos esa fuerza necesaria que viene de El.

Segundo: que a la vez que brindamos esa fuerza que no es nuestra porque la recibimos a través del hermano, no dejemos de buscarla directamente por nuestra cuenta en Dios. Si hacemos este doble esfuerzo recibiendo y a la vez buscando, estaremos unidos a los hermanos y a la vez agarrados a Dios que es el origen verdadero de toda la fuerza. Cada uno brindará a la comunidad la fuerza de la fuerza que le viene de Dios, y la que reciben del hermano. Cada uno se convertirá en minero de la fuerza de Dios, y no en un mero transmisor. Habrá así un aporte valioso, personal. Habrá algo de Dios a través suyo. Creo que cada uno tendría que extraer de Dios el doble de la fuerza que consume, a fin de que el sobrante pase a ser un bien de la comunidad.

De esta manera, siendo débiles, llegaremos a tener fuerza para nosotros mismos y para la comunidad de los hombres en la que cada uno tendrá su riqueza personal para comunicar. Como sucede con las brasas de la hoguera, donde cada uno aporta su calor personal y propio, a la vez que es sostenida e incentivada por el calor del fuego de las demás.»

.....

Jesús es nuestro tesoro

«Sin la humildad, sin la capacidad de reconocer públicamente los propios pecados y la propia fragilidad humana, no se puede alcanzar la salvación y tampoco pretender anunciar a Cristo o ser sus testigos. Esto es válido también para los sacerdotes. Y los cristianos siempre deben recordar que la riqueza de la gracia, don de Dios, es un tesoro que se custodia en «vasijas de barro» a fin de que sea claro el poder extraordinario de Dios, del que nadie se puede adueñar «para el curriculum personal». El Papa Francisco invitó una vez más a reflexionar sobre el tema de la humildad cristiana en la misa del 14 de junio. Las lecturas del día —la segunda carta de san Pablo a los Corintios (4, 7-15) y el Evangelio de san Mateo (5, 27-32)— centraron la meditación del Papa, que relacionó la imagen de la «belleza de Jesús, de la fuerza de Jesús, de la salvación que nos trae Jesús», de la que habla el apóstol Pablo, con la de las «vasijas de barro» en las cuales se contiene el tesoro de la fe.

Los cristianos son como vasijas de barro porque son débiles, en cuanto pecadores. A pesar de ello —subrayó el Santo Padre— entre «nosotros, pobres vasijas de barro», y «el poder de Jesucristo salvador» tiene lugar un diálogo: el «diálogo de la salvación». Pero advirtió de que si este diálogo asume el tono de la autojustificación quiere decir que algo no funciona y no hay salvación.

Cada vez que Pablo «nos habla de su curriculum de servicio» —«hice esto, hice aquello, prediqué»— nos habla también de lo referido a sus debilidades, a sus pecados. La humildad del cristiano, como señaló el Pontífice, es la que sigue el camino indicado por el apóstol. Este modelo de humildad es válido también «para nosotros sacerdotes —advirtió—. Si nos gloriamos sólo de nuestro curriculum y nada más acabaremos equivocándonos. No podemos anunciar a Jesucristo salvador porque, en el fondo, no le escuchamos». «Debemos ser humildes —exhortó el Pontífice— pero con una humildad real»; es necesario reconocerse pecadores, concretamente.

«Hermanos —exhortó el Papa—, nosotros tenemos un tesoro: Jesucristo salvador, la cruz de Jesucristo, este tesoro del cual nos enorgullecemos», pero no nos olvidemos «de confesar también los pecados», porque sólo así «el diálogo es cristiano y católico, concreto. Porque la salvación de Jesucristo es concreta».

Misa en Santa Marta, 14/6/2016, Papa Francisco. Fuente: L'Osservatore Romano, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 21 de junio de 2013

.....